

De los Derechos Humanos y el Comandante

General (R) Barry R. McCaffrey, Ejército de EE.UU.

Tomado de la revista *Joint Forces Quarterly*, número de otoño de 1995.

Desde la década de los años 70, el tema de los “derechos humanos” viene recibiendo cada vez más atención, muchas veces en un contexto poco favorable para los militares en todas partes del mundo. Este artículo, tras un recorrido histórico para sacar del pasado las lecciones más útiles para los comandantes del presente y del futuro, nos permite formar un entendimiento más cabal de las responsabilidades de los comandantes militares en asegurar que sus subordinados respeten los derechos incluso de sus enemigos, y propone varios métodos que le pueden servir a un comandante que quisiera inculcar en su unidad el instinto de defender los derechos del prójimo.



Este artículo ha sido adaptado de un discurso pronunciado por el general (R) Barry McCaffrey en la Escuela de las Américas del Ejército de los EE.UU. el 10 de agosto de 1994.

LAS FUERZAS ARMADAS deben respetar los derechos humanos no sólo por razones de ética y porque es cuestión de derecho, sino también por razones prácticas. Por consiguiente, el Comando Sur de los EE.UU. procura que el personal de las Fuerzas Armadas de los EE.UU. bajo su mando, que se despliegue hacia Centroamérica y América del Sur, adquiera conciencia acerca de la importancia trascendental de respetar y proteger los derechos humanos.

Esos derechos que todo soldado, marinero, infante de marina y aviador debe respetar están ratificados en el derecho común, como también en la declaración de la Asamblea General de las Naciones Unidas de 1948, y en la Carta de la Organización de los Estados Americanos. En realidad, los gobiernos de todos los estados en las Américas —norte, centro y sur— han proclamado su respaldo a los principios siguientes:

- Toda persona tiene derechos fundamentales sin distinción de raza, nacionalidad, credo o sexo.
- El estado respetará los derechos de la persona y los principios de moral universal.
- La justicia social y la seguridad social son las bases para una paz duradera.

Realmente, existe un acuerdo general de que nuestros pueblos tienen derechos fundamentales; derechos que no emanan del poderío político o de otras formas de poder sino que surgen de la naturaleza misma del hombre.

De los Derechos Humanos y la Democracia

El Presidente Bill Clinton, cuyos valores son un fiel reflejo del respeto absoluto que él tiene por toda persona, presentó sus puntos de vista sobre derechos humanos ante la Asamblea General de la ONU, que se reunió en septiembre de 1993, y manifestó lo siguiente:

La democracia está arraigada en el compromiso de las partes, y no en la conquista. Retribuye la tolerancia y no el odio. Las democracias rara vez libran combates una contra la otra. Suelen ser socios muy leales en el comercio, en la diplomacia y en la administración de nuestro medio global. Y las democracias junto con el principio jurídico y el respeto hacia las minorías políticas, religiosas y culturales, reaccionan más en favor de su propia gente y de la protección a los derechos humanos.

El mensaje del Presidente Clinton fue: “Esto es lo que nos estimula, esto es por lo que luchamos.” Las democracias, en vista de la naturaleza consensual de la política y la sociedad civil, respetan los derechos fundamentales de las personas. En agosto de 1993, en ca-

rácter de Subsecretario de Estado para los Derechos Humanos y para Asuntos Humanitarios, John Shattuck, dijo lo siguiente:

Los derechos humanos, la democracia y el régimen de derecho no son iguales. Pero sí se complementan y refuerzan mutuamente. Los derechos fundamentales están mejor garantizados por las instituciones que se basan en la democracia: una prensa libre; un sistema jurídico independiente; una sociedad civil vibrante; unas elecciones transparentes y significativas que puedan cuestionarse con entera libertad. La Democracia —el régimen de derecho de, por y para el pueblo— sólo es posible dentro de un orden político y social que respete totalmente los derechos individuales y de todo hombre, mujer y niño en una sociedad. Los gobiernos que no respetan el régimen de derecho están, por definición, fuera de la ley.

El punto que aquí cabe destacar es que existe un vínculo entre los derechos humanos —este principio de el régimen de derecho— y los valores fundamentales de la democracia.

Sun Tzu, en su obra, *El Arte de la Guerra*, al abordar el tema de lo que significan las leyes para los comandantes, se expresó así: “Las leyes son reglamentos e instituciones. Los que sobresalen en la guerra primero cultivan su propia humanidad y justicia y mantienen sus leyes e institución”. Y añadió Sun Tzu, “El comandante da su apoyo incondicional a las virtudes de la sabiduría, sinceridad, benevolencia, valor y fidelidad”.

De una forma u otra, las obras de todo pensador militar de importancia expresan estas ideas de Sun Tzu. Las acciones de un comandante son las que dan a conocer sus valores. Si bien expresado en diferentes términos, pareciera que existe un acuerdo universal de que las fuerzas militares y sus jefes deben ceñirse a un código moral intachable.

De Cara al Pasado

Un problema al que deben hacer frente los comandantes es el legado de las acciones del pasado. Toda institución militar tiene su propia historia. Parte de esta historia es dolorosa y ningún ápice de la misma va a desvanecerse. Un pueblo, estado o ejército que no puede dar la cara al pasado, jamás aprenderá de la historia y puede que hasta vuelva a cometer los mismos yerros del pasado. Inevitablemente, el pasado obstaculiza el progreso hasta que se le enfrente. Esto es lo que han tratado de hacer nuestras Fuerzas Armadas.

Nuestros conceptos más valiosos en lo pertinente a los derechos humanos provienen de nuestra historia de abusos a los derechos humanos. Muchos de estos incidentes ocurrieron en las guerras pequeñas que libramos en la frontera durante el Siglo XIX contra las tribus de Indios. Algunas tragedias datan de épocas más

modernas. La verdad es que ha habido incidentes de violaciones a los derechos humanos en todas las guerras en las que hemos combatido. Después de todo, estamos tratando con seres humanos y líderes que distan mucho de ser perfectos.

El incidente más notorio y más reciente ocurrió en My Lai durante la guerra de Vietnam. Hemos aprendido mucho de esa tragedia. Nos resultó muy doloroso estudiarla, pero el informe de Peer y las demás obras de investigación que analizaron las causas de su origen nos han ayudado a dar mejor protección y a fomentar los derechos humanos.

Cómo se Gana la Guerra y cómo se Pierde la Paz

Dos puntos de vista opuestos tomados de la historia de los EE.UU. nos permiten formarnos ideas para establecer el ambiente propio de un comando. El general William Tecumseh Sherman hizo la observación a continuación:

No sólo combatimos contra ejércitos hostiles, pero contra un pueblo agresivo, y es nuestro deber que los jóvenes y los ancianos, los ricos y los pobres sientan las dificultades de la guerra, al igual que sus ejércitos organizados.

Si los (civiles en el Sur) protestaran contra mi barbaridad y crueldad, les contestaré que la guerra es la guerra y no una campaña en la que se busca ganar popularidad. Si ellos quieren paz, ellos y sus parientes deben detener la guerra.

En contraste, el general Robert E. Lee dijo:

Al Ejército no le puede haber ocurrido mayor desgracia, y por ende a nuestro pueblo que la perpetración de crímenes horrendos contra los inocentes e indefensos. Tales actos, no sólo desgracian a los que cometen estos crímenes y a todos los que mantienen vínculos con ellos, sino que subvierten la disciplina y eficiencia del Ejército y a la vez, destruyen el propósito de nuestro movimiento.

Podemos aprender mucho de la conducta que observaron Sherman y Lee durante la Guerra Civil. No habrá mejor contraste en tratar a los no combatientes en la historia militar de los EE.UU. que el ejemplo que dieron estos dos comandantes. No hay duda que Sherman fue implacable y cruel cuando peleó contra el Sur, tanto como lo fueron los alemanes en Rusia durante la Segunda Guerra Mundial. Por supuesto, Sherman ganó la guerra. Pero, ¿fue su conducta, de hacer que “los jóvenes y ancianos, el rico y el pobre sintieran el despotismo de la guerra, al igual que sus ejércitos organizados” el mejor curso de acción?

Casi 130 años después, a Lee aún se le reverencia como un hombre de integridad y principios. Pero perdió la guerra. Luego entonces, ¿por qué sus lecciones

tienen gran valor para nosotros ahora? Porque lograr la victoria en la guerra es una proposición razonablemente fácil, si bien implica energía, valor, violencia y destreza. Pero, es mucho más difícil ganar la paz.

La barbarie de Sherman dio origen a un siglo de amargura en el Sur, y hasta esta fecha todavía perdura parte de ese sentimiento. Por otra parte, Lee esgrimió los valores que no eran y no son una desventaja militar. Esos valores son una fuente constante de fortaleza porque impiden que un ejército disipe su energía en hechos malvados de destrucción, hechos que no llevan a crear una condición esencial para defender lo conquistado a causa de la hostilidad continua de una población civil. Éstos son valores que podemos apreciar al estudiar nuestro pasado.

La Responsabilidad del Comandante

Hay dos normas básicas a las que se debe ceñir todo comandante, la norma *Medina* y la *Yamashita*. La primera tiene vigencia cuando un comandante ordena que se cometa un crimen o sabe que se va a cometer un crimen, tiene el poder para evitarlo pero no ejerce tal poder; mientras que *Yamashita* ocurre cuando un comandante debería haberse enterado de un crimen de guerra pero no hizo absolutamente nada para detenerlo. (*Yamashita* da por sentado que un crimen es parte de un gran plan de abusos cometidos por un período prolongado. En un teatro de tal naturaleza, se da por sentado que un comandante tiene conocimiento del crimen o que ha abandonado el ejercicio de sus funciones de comando).

Medina fue el resultado de un incidente en que un capitán de los EE.UU. cometió el error de no detener el asesinato de unos 300 civiles vietnamitas en My Lai. Ésta es una acción de la que responsabilizamos a nuestros líderes militares. Si un capitán, coronel o general se entera de una violación de los derechos humanos o de un crimen de guerra y comete el error imperdonable de cruzarse de brazos, se levantarán cargos criminales contra él. *Yamashita* es el nombre de un general japonés que fue sometido a juicio y sentenciado a morir en la horca después de la Segunda Guerra Mundial en vista de las atrocidades cometidas por las tropas bajo su mando en las Filipinas. El tribunal concluyó que *Yamashita* se abstuvo de evitar que las fuerzas que estaban a sus órdenes, especialmente las que estaban en Manila, cometieran atrocidades entre la población civil. El general *Yamashita* fue condenado por su participación en esos actos salvajes.

Las Causas del Abuso

Las Fuerzas Armadas han llegado a aprender que los problemas institucionales contribuyen a los abusos

contra los derechos humanos. La probabilidad de los abusos contra los derechos humanos adquiere proporciones desmedidas cuando existen las características siguientes:

- Un liderazgo incompetente.
- Las tropas están mal entrenadas o carecen de disciplina.
- Las órdenes o misiones no son claras.
- La tendencia a deshumanizar al enemigo.
- Un alto grado de frustración entre las tropas.
- Un conocimiento muy escaso de las complicaciones de la guerra no convencional.
- Un número elevado de bajas.

Hemos aprendido que los factores más comunes en los abusos cometidos contra los derechos humanos son la ineptitud para ejercer el liderazgo y las tropas que tienen poco entrenamiento o carecen de disciplina. Cuando las unidades tienen un liderazgo incompetente tendrán problemas con los derechos humanos. Las tropas observan el mismo comportamiento cuando están en combate como cuando se entrenan. Si están mal entrenados y su disciplina es escasa no pueden combatir con eficacia. Vimos esto en el Ejército Iraquí antes de *Desert Storm*, y asimismo, cuando entraron de lleno al combate. También sabemos que dichas fuerzas no respetan los derechos de los no combatientes, a los prisioneros de guerra o la propiedad privada.

Una cosa que mi sargento mayor de la división y yo no podíamos tolerar en los meses que antecedieron a la Guerra del Golfo fue el hecho de que se le pusieran epígrafes a los iraquíes y se les calificara como seres inferiores a los seres humanos. Creíamos que al tolerar semejante actitud sólo se aumentaban las posibilidades de que a los soldados iraquíes se les tratara inhumanamente.

Sabemos también que el número elevado de bajas amigas lleva a la frustración, especialmente cuando se combina con lesiones horribles. Las bajas ocasionadas por un enemigo invisible son especialmente difíciles para un ejército adiestrado para combatir contra fuerzas convencionales. En circunstancias semejantes, propias de las guerras internas, sabemos que para los soldados la tentación se pinta propicia para que ellos busquen retribuirse a costa de los civiles enemigos. Es entonces cuando un liderazgo muy vigoroso y estricto se torna más importante.

Los comandantes deben estar al tanto de estas señales. Deben asegurarse que los líderes en la escuadra, compañía y batallón puedan identificar y enfrentar estas señales antes de que ocurra un incidente. Esto se logra cuando se imparte un entrenamiento sobre derechos humanos que resulte eficaz para evitar una ruptura en el liderazgo.

Cómo Evitar los Abusos

¿Cómo se las ingenian los jefes destacados a las operaciones para evitar los abusos contra los derechos humanos? La respuesta da lugar a ciertas consideracio-



Fotos: Escuela de las Américas

nes, algunas son obvias, otras, no tanto.

Antes de estallar la guerra en Iraq, sostuvimos una gran discusión en la 24ª División. Nuestros abogados trataron de persuadirme de que no podía enunciar en ningún anexo a la orden divisionaria una directiva que especificara que quienquiera que cometiera un crimen de guerra sería arrestado y expulsado de Iraq y sería enviado de vuelta a Arabia Saudita. Pero la idea que los sargentos mayores del comando, los coroneles y yo teníamos que sostener era que si un soldado maltrataba a los prisioneros o civiles, no se le daría el honor de continuar en el combate. Lo enviaríamos hacia la retaguardia en desgracia y esposado. Estoy plenamente convencido que como profesionales debemos asegurarnos que ninguna clase de violencia contra los civiles sea aceptable. Esta conducta de violar los derechos humanos debe ser inaceptable. Ésa debe ser la norma que todos deben observar.

Un gran reto para los que usamos el uniforme es el de



tratar el entrenamiento sobre derechos humanos sin sugerir que el respeto para el enemigo, sus soldados y civiles va en contra del objetivo primordial que consiste en ganar la guerra. ¿Cómo pueden los líderes explicar que tal respeto realmente contribuye a la eficiencia militar? ¿Qué harán los líderes para impartir instrucciones sin dar la impresión de que son paternalistas? Los comandantes deben superar todo esto ya que tienen que persuadir a sus sargentos y capitanes y a ellos mismos sobre este difícil reto.

Las primeras reglas del combate para mi división fueron publicadas en un documento de 12 páginas. Pero resultó difícil comprenderlas a no ser que usted fuera un oficial de grado superior que se hubiera graduado en Derecho, y que hubiera contado con escritorio y lámpara y tiempo para pensar. Estas reglas tenían muy poco valor para los sargentos, comandantes de compañía de tanques u oficiales de operaciones de brigada; de manera que explicamos que las reglas del combate (ROE) no sólo son herramientas para el abogado, sino más bien para el comandante y que debería haberlas redactado de tal manera que les sean útiles a un capitán de 25 años, o a un soldado raso de 20 años. De manera que las redactamos en tarjetas, las simplificamos, y no incluimos lo que es muy obvio. Lo obvio, lo encontramos en los Diez Mandamientos. Lo que no es tan obvio consiste en no mancillar los lugares donde se rinde culto o disparar contra zonas urbanizadas sin permiso del jefe del batallón.

Se deben redactar las ROE de manera que los soldados y sus jefes en combate puedan usarlas con facili-

dad; pero jamás pueden exponer a las fuerzas a correr ningún riesgo. No podemos arriesgar a nuestras fuerzas sin antes darles los medios adecuados de protección.

Casi nunca se comprende que los soldados tratan a los civiles y a los prisioneros tal como son tratados ellos. De manera que si tratamos a nuestros soldados con dignidad y con un sentido de compasión conforme al régimen de derecho, ellos se comportarán de igual manera hacia la población civil.

Los primeros días de combate en un conflicto suelen ser los más difíciles. Los jóvenes, tanto hombres como mujeres no saben con exactitud lo que constituye un comportamiento adecuado. Esperan que los profesionales los enseñen por medio del ejemplo. Ésta es la conducta que a su vez, observarán las tropas.

En Vietnam, mi compañía se componía de 70 a 130 hombres. Creíamos que eventualmente cada uno de nosotros caería muerto o herido. Era raro que sirviéramos un mes como tenientes o seis meses como un soldado sin convertirnos en una baja. En un ambiente de esta naturaleza donde abundaba la violencia y el peligro, yo tenía otra preocupación como jefe de infantería. Sabía que había unos cuantos soldados en mi compañía quienes eran como fieras enjauladas a la espera de que se les pusiera en libertad. Pero la gran mayoría, en vista de la influencia que había ejercido en su formación la familia, escuela, iglesia y la Constitución, eran incapaces de cometer abusos contra los derechos humanos. Sólo los criminales en potencia estaban a la espera de una oportunidad para atacar. De manera que el reto consiste en cómo tratar a una unidad honorablemente

mientras nos protegemos de la posibilidad de que se den circunstancias que permitan que sucedan actos criminales. Nuestra responsabilidad más importante consiste en no permitir la entrada de ningún criminal en nuestro cuerpo de oficiales.

La Conducta Honorable rinde Dividendos

Cualquiera que esté al mando de las fuerzas en combate sabe muy bien que el respeto a la dignidad de la persona a quien se protege al igual que la dignidad de los soldados pagará sus dividendos. Las acciones tales como las que cometieron las unidades de la SS (unidades terroristas) Alemanas en Ucrania durante la Segunda Guerra Mundial —cuando masacraron, violaron y saquearon— indisponen a los habitantes en contra del invasor. Y lo mismo es cierto en las operaciones para lograr la estabilidad interna y la guerra no convencional. La adhesión a la Convención de Ginebra, el respeto a la dignidad y la atención a los derechos humanos son acciones beneficiosas para los jefes de operaciones.

¿Cuál postura es preferible, la de un comandante nazi que arrostraba la enemistad de un pueblo o la de un jefe de las Fuerzas Aliadas en la Guerra del Golfo que enfrentaba a un ejército que prefería desistir antes que combatir y cuyos soldados ávidamente buscaban encontrar la seguridad en la rendición? Los jefes de operaciones pueden controlar hasta cierto grado la postura que adoptarán sus fuerzas. Si ellos logran infundir en los líderes y soldados subalternos que observen el código de conducta y un sentido de disciplina, lograrán que las tropas respeten a todo aquél con quien tengan que tratar. Es entonces cuando no tendremos fuerzas que cometerán abusos.

José de San Martín hizo esta observación al respecto, que “(un) país no arma a sus soldados para que cometan la indecencia de abusar de la ventaja de las armas y ofendan a los ciudadanos que les sostienen a fuerza de sus sacrificios”. El militar pasa muy poco tiempo combatiendo. A la inversa, invierte gran parte de su energía en prepararse para la guerra. En tiempos de paz, el militar actúa en acciones recíprocas con los civiles en el reclutamiento de nuevos soldados, viven en comunida-



des locales, compran mercaderías y servicios y participan en el debate nacional sobre lo que debe constituir la composición adecuada de fuerzas, cuáles son las funciones y misiones de estas fuerzas.

Nuestros conciudadanos dan apoyo a los militares cuando nos tienen en alta estima. Cuando los hijos de nuestros conciudadanos, los soldados, marineros, infantes de marina y aviadores regresan a sus hogares y les cuentan a sus familiares cuán bien fueron tratados en el servicio militar, es entonces cuando estos conciudadanos se forman una opinión acerca de los militares; asimismo, lo mismo ocurrirá cuando se encuentren con un soldado que viaje por motivo de licencia autorizada o con un convoy en la carretera, o cuando visiten una instalación. Finalmente, se forman opiniones cuando ven a los militares en acción ya sea en un conflicto o en una misión de paz.

Por consiguiente, todas nuestras acciones, tanto en la paz como en la guerra, afectan el prestigio de nuestra institución. Siempre debemos proteger nuestro honor. Un sólo incidente tal como My Lai ocasionará un daño de prolongada duración a las Fuerzas Armadas. **MR**

El general (R) Barry McCaffrey sirvió como comandante en jefe del Comando Sur de Estados Unidos antes de ser nombrado por el presidente Clinton, en 1996, a su actual posición como director de la Oficina de la Casa Blanca para la Política Nacional de Control de Narcóticos. Es graduado de la Academia Militar de Estados Unidos en West Point, y recibió el grado de Maestría en la Universidad Americana en Washington, DC., especializándose en gobierno civil. Además de sus destinos de combate en la República Dominicana y Vietnam, el General McCaffrey también sirvió como comandante de la 24ª División de Infantería (Mecanizada) en Irak durante la Operación Desert Storm. Actualmente integra el Consejo de Seguridad Nacional y el Consejo Presidencial de Política de Narcóticos.

